

CAPÍTULO II

ADORNO DEL ESTILO EN EL DISCURSO SAGRADO

La palabra ornato tiene una significación poco concreta, pero principalmente expresa cierta cultura que embellece las cosas. Al ornato pertenecen las palabras y sentencias que por su suavidad deleitan y por su gravedad conmueven el ánimo. Siempre que conmueven el ánimo, le deleitan también; pero no siempre que la suavidad del discurso produce este deleite, se conmueve el ánimo.

¿Quién es el hombre, dice Craso, al que todos contemplan embelesados cuando habla? ¿Quién les hace prorumpir en exclamaciones de gozo y admiración? El que en sus pensamientos y palabras es ordenado, claro, elegante, magnífico; el que da á sus discursos número y armonía; el que sabe hablar con todo ornato, *id est quod dico ornate* (1). De los oradores que se hacían admirar por el colorido que daban á los objetos y proporciones de sus discursos, dijo Cicerón: *In ipsa oratione quemdam numerum versumque conficiunt.*

No pueden los maestros expresar más claramente la importancia del adorno del estilo en el discurso profano, importancia que conviene igualmente al discurso sagrado; pero el orador puede abusar de los adornos excediéndose demasiado, ó quedándose muy corto en su aplicación; el precepto consiste en la sobriedad del adorno.

(1) *De Orat.*, III, 14.

A continuación expondremos el exceso ó el defecto en que algunos incurren, así como la necesidad que hay de seguir un prudente medio (1).

I

Abuso del adorno en el discurso.

Hay una escuela conocida con el nombre de romántica, cuyo objeto único es la aplicación del sensualismo moderno á las bellas artes; que rechaza toda clase de preceptos; no quiere reducirse á un orden regular de razonamientos, y á explicaciones sencillas de la religión; le parece que todo oprime el genio, y de aquí que los que siguen esta clase de elocuencia, se entregan á los arranques de la imaginación, corriendo con entera libertad por medio del asunto, recargando cuanto dicen con adornos, imágenes y palabras vertidas con confusión, sin discutir severamente la oportunidad y conveniencia.

No queremos presentar todo lo funesto del romanticismo en su espíritu y tendencias: aquí sólo trataremos de lo reprehensible que es en el orador sagrado pensar más en agradar á su auditorio que en instruirle, ocuparse más en las palabras que en el asunto, y enervar las verdades que anuncia con una afectación pueril de pensamientos brillantes.

El excesivo cuidado que manifiestan los románticos de agradar, es indigno del sublime ministerio evangélico. Predicar de esta manera es poner la palabra de Dios al servicio de la elocuencia humana, en lugar de

(1) Aunque este capítulo debiera tratarse en la tercera parte, lo colocamos aquí para completar lo que acabamos de exponer acerca de la *elocución oratoria*.

hacer servir la elocuencia humana á la palabra de Dios, como aconseja San Agustín: *Nec doctor verbis serviat sed verba doctori* (1): es degradarse hasta tomar por objeto de sus esfuerzos el placer de los oídos, cuando, por el contrario, es absolutamente preciso despertar los corazones, arrancarlos del placer y hacerles abrazar la penitencia.

No es sembrando de flores el camino de los pecadores como se les inspira el santo temor de Dios, y se conmueven sus corazones, hasta hacer brotar las lágrimas de un sincero arrepentimiento. Cuando el fuego amenaza consumir una casa, dice Santo Tomás de Villanueva, ¿le ocurre á nadie un período estudiado para pedir auxilio? ¿Ni se busca, añade San Ligorio, agua de rosas para apagarlo?

No ha de ocuparse el orador en distraer á sus oyentes enfermos, sino en curarlos; y si por ventura hace entrar en su discurso los adornos, aprovéchelos como de paso y sólo porque le vienen á la mano; pero desdénelos si perjudican su libertad de acción lo patético de sus impulsos, ó no convienen á la limitada inteligencia de su auditorio.

San Jerónimo (2), cuyo gusto para las letras y cuyo aticismo son bien conocidos, no podía sufrir que el orador cristiano descuidase la instrucción de sus oyentes y se ocupase únicamente en agradecerles; y que la augusta elocuencia del púlpito degenerase en una vana pompa de palabras, capaces á lo más de excitar algunos ligeros aplausos. San Ambrosio decía á este propósito: *Aufert mihi lenocina fucumque verborum, quia solent enervare sententias.*

Cicerón insiste mucho sobre este punto, por ser una de las reglas más importantes de la elocuencia: «Se

(1) *De Doct. christ.*, lib. iv.

(2) *Coment.*, lib. viii.

ha de elegir, dice (1), un modo de hablar que sea agradable y que dé gusto al auditorio, pero de modo que este agrado y este gusto no vengán por fin á causar fastidio. Un discurso, añade, en todo ajustado y limado, sin mezcla, sin variedad, en el que todo brilla y deslumbra; esta especie de discurso, digo, más bien fascina que causa verdadera admiración. La elocuencia y la pintura necesitan sombras para hacer resaltar las figuras, porque la luz no es suficiente.»

Por último, del estilo florido, comparado con el estilo grave y varonil, podemos decir lo que Plinio (2) de las flores, comparadas con los árboles: «La naturaleza, dice, parece ha querido burlarse y como jugar con esta multitud de flores que matizan los campos, y cuya existencia es tan pasajera como el gusto que nos causan; mientras que los árboles, destinados para el uso de la vida, suelen durar largos años, y á veces siglos enteros.» Fácil sería hacer la aplicación de este pensamiento á las galas excesivas del estilo, mucho más si se tiene en cuenta que los oradores le dan á éste el nombre de florido.

II

Descuido del adorno en el discurso.

«Hay otro defecto, dice Rollin (3), mucho más común y no menos perjudicial que el anterior, que consiste en mirar con desdén el don de la palabra, en hablar sin orden, sin elección ni exactitud, inspirando al pueblo con esta afectada negligencia disgusto y aun desprecio

(1) *De Orat.*, núm. 66 y siguientes.

(2) *Hist. nat.*, lib. xxi, cap. i.

(3) *Modo de enseñar y estudiar las bellas letras.*

hacia la palabra divina, digna por sí sola de atraerse la veneración de los hombres. ¡Qué pena, añade el mismo autor, para los que tienen una regular idea de la importancia del ministerio de la predicación, ver con frecuencia desiertas ó poco concurridas las iglesias, y tener acaso que reconocer que el modo de decir frío, desagradable y redundante del orador sagrado, es lo que cansa y retrae á los oyentes! En ello faltan á la más imperiosa obligación de su estado; burlan las esperanzas de los pueblos, que concurren con avidéz á satisfacer sus necesidades espirituales, y tienen que volverse desengañados; envilecen la palabra de Dios, atendido el desaliño con que la anuncian, haciéndola mirar con desprecio y disgusto, y deshonoran la majestad divina, en cuyo nombre hablan, y de la cual son embajadores.»

Convenimos en que al orador que medita bien la materia no ha de faltarle expresión para comunicar sus pensamientos, porque cuando el espíritu está nutrido de ideas, las palabras se presentan por sí solas; pero no hay que desconocer lo defectible que es el hombre en el ejercicio de las facultades del alma y en el uso del lenguaje. Por esta razón dice San Agustín: «Casi siempre me desagrada mi propio lenguaje; pláceme más el lenguaje interior de mi alma, y me afijo cuando no corresponde á él mi lengua. Deseo que mis oyentes lo entiendan como yo lo entiendo, y no lo logro.» ¿Qué sucedería, pues, si no se cultivaran las reglas del bien decir?

Una de las condiciones necesarias para que el discurso agrade al auditorio, es la de presentar con gracia los pensamientos, y para esto es preciso adornarlos. Sería un error el creer que un estilo descuidado es siempre bueno para un auditorio de gente sencilla, pues todos tienen derecho á que se les respete, y algunas veces se disgustan los labriegos del orador, porque pre-

tende hablarles *buenamente*, es decir, de cualquier modo y con una especie de desdén que manifiesta cierto desprecio hacia el auditorio y muy poco celo por la salvación de las almas.

No siempre el orador sagrado dispone de tiempo suficiente para componer sus discursos; pero no se trata aquí de piezas de elocuencia acabadas, sino de disponer convenientemente su trabajo para decir cosas graves y sólidas con una forma adecuada á su auditorio.

III

Sobriedad en el adorno.

En frente de la escuela romántica, que sin sujeción á regla alguna, prodiga sin medida los adornos en el discurso, está, y con ella nosotros, la escuela clásica, que fundándose en la razón sigue las reglas dadas por los grandes maestros en el arte de hablar, y tiene por caracteres distintivos planes bien ordenados, donde todo se enlaza y encadena; explicaciones terminantes, definiciones exactas, pruebas sólidas, una marcha lógica y siempre clara, un estilo corriente y natural, expresiones propias y sin afectación, impulsos oratorios bien traídos y sabiamente dirigidos.

De esta ligera idea del clasicismo debe inferirse que el orador sagrado no puede desechar los atractivos de una elocuencia sólida y verdadera, y aun tiene necesidad de ellos, siempre que los use con sobriedad, porque existe en el corazón humano un secreto aprecio hacia el hombre elocuente, que cautiva la atención, despierta el interés y tiene á todo el auditorio suspenso de sus labios, si sabe aprovechar oportunamente los recursos del arte y las disposiciones del genio.

Los SS. Padres nos han dado en esta materia, como

en otras muchas, el ejemplo y el precepto. San Ambrosio (1) enseña que el discurso del orador cristiano, aun desechando la elocuencia afectada, debe conservar la amabilidad y la gracia: *non affectata eloquentia, sed non intermissa gratia*. El sabio Thomasino (2), uno de los autores que mejor han estudiado la tradición sobre este punto, dice que durante los tres primeros siglos de la Iglesia juzgaron muchos obispos suficientemente reemplazados los recursos del arte por el don de milagros, y se contentaban con dirigir al pueblo instrucciones familiares. Pero cuando este don se hizo más raro, creyeron deber suplirlo con los atractivos de una sólida elocuencia, y vieron en este medio un auxiliar muy poderoso para ganar al auditorio.

Queda, pues, demostrado que el orador sagrado necesita adornar con sobriedad sus discursos. El mismo Espíritu Santo dice que «la lengua de los sabios embelee lo que saben, y que el atractivo de sus discursos es dulce para el alma, como un panal de miel lo es para la boca: *lingua sapientium ornat scientiam, fucus melis composita verba*» (3).

(1) *De Officiis*, lib. I, 22.

(2) *Antiqua et nova disciplina*, libro III.

(3) *Prov.*, cap. XV, 16.

CAPÍTULO III

DE LA ACCIÓN ORATORIA

I

Idea de la acción oratoria en general.

Cicerón define en estos términos la acción oratoria: *est enim actio quasi corporis quaedam eloquentia cum constet e voce atque motu* (1), definición con la cual estamos enteramente de acuerdo, por lo mismo que abraza lo que dice relación á la voz y al gesto. La palabra elocuencia, colocada en la anterior definición, la completa por sí sola.

La importancia de la acción ha sido por todos reconocida. Preguntado Demóstenes, dice San Agustín, cuál era la parte principal en el arte oratoria, contestó que la acción; preguntado de nuevo cuál era la segunda y cuál la tercera, contestó siempre del mismo modo; significando, por este medio, que en ella estriba el secreto del arte de hablar. De igual manera se expresa Cicerón (2) sobre este punto; y Fray Luis de Granada considera la acción como lo más importante y de mayor utilidad (3). ¿De qué proviene, pregunta á este propósito un escritor contemporáneo, que entre tantos discursos como admiramos hay tan pocos que merezcan imprimirse? La razón es siempre la misma: consiste en

(1) *De Orat.*, 17.

(2) *De Orat.*, LV.

(3) *De Retorica ecles.*, libro IV.